

Para la acción

Perseverancia creativa en el compromiso con los pobres

Retos apostólicos de la Compañía de Jesús

Ricardo Falla

1. Reto Principal: Los Crecientemente Empobrecidos

Prácticamente me ha parecido mejor no hablar de “retos apostólicos” para subrayar así mi convicción de que es uno el “reto apostólico” que debemos aceptar, algo así como “el único necesario”.

Hoy más que hace 25 años, el principal reto apostólico que se le presenta a la Compañía de Jesús es el que proviene del hecho mayor de nuestro tiempo, el empobrecimiento creciente de nuestros hermanos los pobres, que tiende ya a ser históricamente exclusión estructural. Se trata del despojo de su vida, del aparente fracaso de sus proyectos históricos, y por consiguiente del asalto mortal a su esperanza y a su solidaridad, al mismo tiempo que a su fe. Es a la vez la máxima “desolación” con que estamos confrontados.

Este hecho mayor es ya un hecho global. Atañe, por supuesto, a las dos terceras partes de la humanidad que viven en el Sur. No vamos a citar estadísticas. La mayoría de nosotros nos hemos asomado al horrendo panorama que los dos últimos informes del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo -PNUD- (1990 y 1993) nos pintan sobre el Desarrollo Humano. Atañe también, sin embargo, al tercio excluido de las “sociedades de los dos tercios” que viven en el Norte, es decir a jóvenes estructuralmente desempleados, muchos de ellos atacados por la droga, a mujeres doblemente excluidas por el desempleo, a inmigrantes étnica o racista-mente discriminados, a enfermos incurables y a minusválidos sin remedio, a ancianos relegados al aislamiento, a una nueva población relanzada a la mendicidad, etc. Las mayorías empobrecidas no son sólo una realidad humana cuantitativa, sino sobre todo cualitativa. Son los que no tienen “figura humana” y, sin embargo, son “luz de las naciones” (Is 53,2 y 42,6) porque a su potente luz se descubre la auténtica inhumanidad, la de aquellos que los han arrojado a los basureros de la tierra.

Desde nuestra fe, estas mayorías empobrecidas son -como diría Ignacio Ellacuría- “el pueblo crucificado” y -en expresión del episcopado católico de A.L.- los

“rostros sufrientes de Jesús crucificado” (Puebla, 31; Sto.Dom. 178). Tomar esto en serio es afirmar sin duda alguna que el llamado al servicio que escucha la Compañía de Jesús, la vocación al trabajo por el Reino -central en los Ejercicios-, vienen de estas mayorías, en las que el Verbo de Dios está “nuevamente encarnado”, en las que Cristo “padece en la humanidad”-diría Ignacio de Loyola en los mismos Ejercicios-. Tomar esto en serio, en vísperas de la Congregación General 34, significa que la recreación o renovación (la historización) del carisma jesuítico como misión de servicio a la fe y lucha por la justicia no ha perdido pertinencia. Hemos escrito “lucha” por la justicia y no “promoción” de la justicia, porque promocionar la justicia en un mundo con esas tendencias excluyente de las mayorías empobrecidas, es decir en el “antireino”, significa, como para Jesús, luchar por la justicia contra sus enemigos personales y estructurales. Por lo demás, el P. General Kolvenbach ha usado no pocas veces esta expresión más fuerte.

Frente al llamado apostólico que proviene de esta realidad, el reto fundamental, la respuesta de “los que más se quisieren señalar en el servicio”, es “no hacer mudanza” y “moverse contra la desolación”, que se traduce en perseverar, durar creativamente en el compromiso preferencial con los pobres y mantenerse en él aunque parezca que todas las ideologías mediadoras de este compromiso y la mayoría de los proyectos históricos que las concretaron hayan fracasado. Antiguamente se nos decía a los novicios de la Compañía de Jesús que quien perseveraba en la Compañía tenía asegurada su salvación eterna. Hoy habría que decir que esa salvación de la vida del jesuita no puede asegurarse si no se acoge como la gracia mayor esa perseverancia creativa en el compromiso preferencial con los pobres.

He usado el concepto “ideología” en el sentido que le da Juan Luis Segundo, S.J., no como cosmovisión sino como diseño de fines y medios históricamente prácticos que median las opciones de la fe. Es cierto que no es posible durar creativamente en un compromiso histórico, en una praxis creyente, sin que estos sean mediados por ideologías y proyectos históricos. Pero, para destacar fuertemente lo que estoy tratando de decir, hay que afirmar paradójicamente que hay que perseverar creativamente en este compromiso con los empobrecidos, aunque no aparecieran ideologías o proyectos históricos mediadores en que apoyarse, sencillamente porque este compromiso es el corazón del Evangelio de Jesús. Más aún, extremando la paradoja, habría que afirmar que la reversión de esta tendencia estructural histórica al creciente empobrecimiento de las mayorías de la humanidad, es decir la contribución militante al proceso de humanización de los empobrecidos, tiene valor absoluto para nosotros y que a él debemos servir como cuerpo, aunque Dios no existiera.

2. Unificación de dimensiones y actividades de nuestra vocación

La respuesta a este reto fundamental apostólico, es decir la perseverancia creativa en el compromiso con los pobres, puede unificar muchas dimensiones y muchas actividades de nuestra vocación. Veámoslo en algunas instancias.

La Identidad del Jesuita

La Congregación 32 nos la definió así: “somos pecadores y, sin embargo, llamados a ser compañeros de Jesús”. Fijémonos en el primer miembro de esta definición -“somos pecadores”-.

El pecado mayor es desentendernos de la sangre derramada de nuestros hermanos, de la vida que les es arrebatada lentamente o de una vez por medios represivos violentos, de esa sangre y esa vida que “claman a Dios desde la tierra”. Es esta la proclamación que hace el Génesis a través del Javista (Gen 4, 9-10). El pecado mayor es no escuchar el clamor de pueblos y personas oprimidos en su dignidad y su vida. El Exodo, en sus diversas tradiciones, nos lo proclama así como experiencia fundante del pueblo de Javé (Ex 2, 23-25; 3, 7-10; 6, 2-8). Traduciendo en una expresión negativa la positividad con que el profetismo de Israel formula lo que Dios pide al ser humano, el pecado mayor está en no defender el derecho, no amar la lealtad y no caminar humildemente con nuestro Dios (Miq 6,8).

Llegando ya a Jesús de Nazaret, el pecado mayor está, según él, en sumirnos en el sueño de la indiferencia frente a los “Lázaros” de este mundo -de este sueño no nos despertará el regreso de un muerto a este mundo, es decir ni siquiera el hipotético regreso de Jesucristo, si no nos despiertan los mismos Lázaros con quienes convivimos- (Lc 16, 19-31). El pecado mayor es pasar dando un rodeo al lado de los medio muertos tendidos en el camino de nuestra historia sin considerarlos “próximos” (Lc 10, 25-37). El pecado mayor es no reconocer al Señor en los hambrientos, sedientos, desnudos, sin techo, extraños, enfermos y presos, y no acudir a remediarlos (Mt 25, 41-45).

El pecado mayor -poniéndole nombres actuales- es centrarse en la propia congregación, en la propia iglesia, en la propia raza, en la propia cultura, en el propio pueblo, en la propia clase social, en el propio género, en la propia generación, en la propia sangre y familia y en último término en la propia personalidad, viviendo en el espléndido aislamiento que niega la solidaridad como camino de humanización.

Si una parte importante de nuestra identidad es ser pecadores, la hemos de leer en estos rostros del pecado. Sabiendo además que hoy la inclinación a este pecado es mayor que nunca por la dificultad de éxitos consoladores en el camino de la solidaridad y por la facilidad de escepticismos qohéletianos.

La búsqueda de la mayor gloria de Dios

También esta dimensión fundamental de la espiritualidad ignaciana queda integrada, sintetizada con otras, en la respuesta de perseverancia creativa en el compromiso con los pobres.

Según el Evangelio de Juan, la gloria de Dios es la que Jesús manifestó llevando a cabo la obra que Dios le encargó (17,4), dar vida y vida en abundancia (10,10 y 17,2). Según Jesús mismo, esa misma obra es la que él encarga a sus amigos (17,

18 y 15, 14-15) y no se puede realizar mejor -con más amor- que dando la vida por los amigos (15, 13). ¿Quiénes fueron los amigos de Jesús? Es claro en los Sinópticos quiénes fueron sus amigos, los que compartieron su mesa, los pobres ("pecadores", dicen los Evangelios, porque es así como llamaban los judíos ricos del tiempo de Jesús a los pobres que, por su pobreza, ignoraban la ley y la quebrantaban).

La gloria que dio el Padre a Jesús y que éste transmitió a sus amigos es "la de ser uno como lo somos nosotros" -el Padre y Jesús- (Jn 17, 22), es decir la de ser profunda y totalmente solidarios entre nosotros y con Jesús, quien en su cruz-resurrección, según el Evangelio de Juan, es la verdad de la solidaridad de Dios con las víctimas de este mundo, ordenado injusta, excluyente e indiferentemente respecto de ellas. Esta es la gloria del Hijo único del Padre, que los testigos de la comunidad cristiana en la que se escribió el cuarto Evangelio llaman plenitud de amor y lealtad -el *esed* y *emet* bíblicos propios de Javé- (Jn 1,14). Se trata de la gloria de Dios que se mostró en la experiencia del Exodo respecto de un pueblo antes oprimido que caminaba hacia su liberación, la gloria del Dios "misericordioso y fiel" (Ex 33, 19-20 y 34, 6-7).

El Cuarto Evangelio coincide con Pablo, quien había hablado ya de la libertad y la gloria de los hijos de Dios como consistiendo en la humanización de los seres humanos y de sus proyectos históricos (Rom 8, 18-25).

El mismo Pablo había escrito antes que la gloria de Dios, mayor que la que reflejaba el rostro de Moisés después de sus encuentros con Dios (Ex 34, 29-35), es la gloria del Señor Jesús, que sus seguidores reflejamos y que nos va "transformando en su imagen con resplandor creciente" (2Cor 3,7-18). El Señor Jesús es para Pablo un "Mesías crucificado" (1Cor 1,23). Esta gloria de Dios es, pues, la gloria del Señor Jesús, Mesías ("Cristo") crucificado, fuerza de Dios (1Cor 1,25 y 2 Cor 4,7), porque es patentización, verdad resplandeciente de la solidaridad de Dios con las víctimas de la historia humana.

La salvación de nuestras almas

Ignacio de Loyola no separa habitualmente la búsqueda de la mayor gloria de Dios, como fin de la Compañía de Jesús, de la salvación de nuestras almas, es decir de nuestras vidas, si retrotraemos "alma" a su sentido bíblico. Dios no es un Dios envidioso de la vida, sino "amigo de la vida" (Sab 11,26). Su mayor gloria es al mismo tiempo nuestra mayor vida.

No hay respuesta apostólica a reto alguno, y por consiguiente no hay ningún trabajo servicial por el Reino que sea cristiano si no es humano y humanizante (Vat II, GS, n. 11), es decir si, a la vez que busca dar vida en abundancia a otros, no da vida a la persona y al cuerpo de los que asumen la respuesta a ese reto.

El compromiso duradero y creativo con los pobres da vida porque hace que nuestra vida se fundamente en la única seguridad de la confianza en el Dios que es Padre y no en la seguridad que da el dios de la riqueza no compartida (cfr Mt 6, 24-33; Col 3,5). Este compromiso hace poner la seguridad de la persona en el ser

amado gratuitamente y dar gratis el amor recibido; en eso consiste poder vivir de la experiencia de llamar a Dios Padre. Pablo, precisamente por eso, no pone su confianza en cualquier tipo de fuerza sino en la fuerza de la debilidad, que se lleva en tinajas de barro y que es sustentada por la fuerza de Dios (2Cor 4,7; 12,9). Ahora bien, difícilmente se encontrará mayor debilidad que la que el compromiso duradero con los empobrecidos añade en nuestra época a la debilidad permanente de la condición humana.

El compromiso duradero y creativo con los pobres libera de la preocupación angustiada por la vida y las cosas y centra a la persona en la búsqueda de la justicia del Reino, con la seguridad de que lo demás se nos dará por añadidura (Mt 6, 31-33). Es difícil encontrar en el mensaje de Jesús otro pasaje más desafiante que este capítulo 6 de Mateo, al que venimos refiriéndonos. Pero el temor ante su exigencia y la posibilidad de manipularlo para apaciguar las aspiraciones justas de los pobres, se disipan cuando queda patente que lo que está en el fondo de estas exigencias, también planteadas a los mismos pobres, es la experiencia de la seguridad que da el luchar por la justicia del Reino apoyados en la garantía de haber sido amados por el Padre. Todas las angustias humanas, reductibles en última instancia a la aguda incertidumbre de ser amados, quedan aquí superadas en esta experiencia de fe.

Por eso, el compromiso con los empobrecidos, duradero y creativo (*búsqueda* de la justicia del Reino), equilibra la vida humana, tensa entre pasado, presente y futuro. Y la equilibra, liberando estas dimensiones suyas. Libera el pasado, es decir la memoria y sus fantasmas inconscientes, afrontando la vida con la seguridad de que fuimos amados desde el vientre de nuestra madre -y aun antes- por Dios (Jer 1,5). Libera el presente, dándole nada más que la consigna de perseverar por un día creativamente en el compromiso, haciéndolo así capaz siempre de nuevos comienzos desde callejones sin salida del ayer (Mt 6,34). Libera también el futuro, rescatándolo del miedo (Rom 8,15), dándole la seguridad de que nunca seremos olvidados porque nuestro Dios es más que una madre (Is 49, 14-16) y dejando su desafío para cuando el futuro se haga presente, para cuando mañana se haga hoy (Mt 6,34), porque es voluntad del Padre darnos el Reino que hoy y mañana buscaremos (Lc 12, 32). La memoria del amor y su experiencia presente son también apuesta confiada en el futuro del amor.

La estrategia de “dos banderas”

También este programa estratégico, crucial en el camino espiritual ignaciano de los Ejercicios, es integrado unificadamente por la respuesta que damos en el compromiso duradero y creativo con los empobrecidos.

Esta estrategia cristiana es críticamente desdeologizadora de una presunta verdad humana que construye la satisfacción de la vida sobre la precariedad, el despojo y la sangre de los otros; de una presunta verdad humana que construye la satisfacción de la vida sobre el desprecio a los demás y sobre su base en el estatus de superioridad sobre los demás, significado por las categorías ignacianas de “fama”, “honra” y “vanidad”; en fin, de una presunta verdad humana que construye la

satisfacción de la vida sobre el dominio poderoso de los demás. Todas estas dinámicas de satisfacción, al oprimir a los demás, nunca consiguen que la persona sea amada y es, precisamente, el autodespojarse de la experiencia de ser amados lo que conduce “a todos los vicios”, es decir a la deshumanización progresiva. En cambio, la relativización de la riqueza, subordinada al compartir solidario, la afirmación de la igualdad humana, que obviamente es mal vista en el orden de este mundo, y la decisión de servicio, no como ejercicio virtuoso de humildad sino como identidad humana revelada en Jesús (Jn 13, 13-16), son fuentes de amor y, por eso, son un camino estratégico que conduce a la humanización plena.

La estrategia de “dos banderas” sintetiza engaño y muerte contrapuestos a verdad y vida. En ello hay una fidelidad creativa al evangelio de Jesús (Jn 8, 44-45). El compromiso perseverante y creativo con los pobres une también engaño y muerte (el gran engaño, la gran mentira de que la humanización de la vida puede conseguirse cimentándola sobre la condición de muerte de la mayoría de la humanidad); y también sintetiza verdad y vida (la gran verdad de que la humanización de la vida tiene carácter solidario con la búsqueda de una condición de vida para la mayoría de la humanidad).

En el plano de los “coloquios” de “dos banderas”, el compromiso con los pobres verifica si de verdad queremos ser “puestos con el Hijo” y que tenga vigencia en nosotros su “bandera”, su estrategia, es decir el modo histórico de proceder de Jesús de Nazaret, que marcó su vida y lo condujo a su muerte.

La decisión de tres binarios

Como es sabido, Ignacio de Loyola no trata de desideologizar en los Ejercicios solamente la lucidez humana; también intenta hacerlo con las decisiones humanas cruciales. Es esto lo que se juega en la meditación de “tres binarios (tipos) de hombres”. Y también este intento puede ser integrado profundamente en la opción unificadora del compromiso perseverante y creativo con los pobres.

Este compromiso no permite evadirse de la gran pregunta de la vida y la historia humanas: ¿Es verdad que los grandes amigos de Dios son los acumuladores de riquezas? Formulamos así esta pregunta, porque en el texto de los Ejercicios sobre los tres tipos de personas, Ignacio de Loyola asume que los tres poseen grandes riquezas y que, no obstante, los tres desean al fin de sus vidas “encontrar a Dios propicio”, es decir haber sido sus amigos. Por eso, se plantean si deben o no deshacerse de esas riquezas. Frente a este planteamiento resuena la pregunta alternativa: para ser amigos de Dios, ¿hay que compartir los bienes que hacen posible la humanización de la vida?

Tan crucial es la respuesta -Ignacio obviamente indica que cristianamente la respuesta debe ser el segundo miembro de la alternativa (cfr Mc 10, 17-25)- que Ignacio aconseja que quien hace el camino de los Ejercicios se imagine aquí que su decisión está bajo la mirada de Dios, de María, de todos los santos y de todas las criaturas, es decir de todos los que han querido realizar su vida con bondad humana

y de todas las aspiraciones de la creación entera para realizarse en condiciones que aseguren la vida humana.

Las tres maneras de humildad

Pocas consideraciones fundamentales de los Ejercicios resultan hoy menos fáciles de proposición relevante que esta consideración sobre tres estilos de respuesta en la entrega al Señor. Tengo la convicción de que todo lo que estoy diciendo se debe tomar con una cierta relativización, para que no ocurra que intentamos hacer encajar en un esquema todas estas piezas, como cuando armamos un rompecabezas. Esta convicción se me profundiza al hablar ahora de las “tres maneras de humildad” y de la forma como creo que se integran con otras dimensiones de nuestra espiritualidad en el compromiso unificante con los pobres. Y esto porque lo que voy a proponer viene de mi propia lectura experiencial de este momento de los Ejercicios y esta lectura está vinculada a una etapa concreta de mi vida. Así pues, con sencillez, expongo lo que siento.

Yo traduzco el primer estilo de respuesta al llamado del Señor, que Ignacio dice ser “necesario para la salvación”, en una forma de asumir la respuesta al llamado que viene de los rostros sufrientes de Cristo en los pobres, transida de esfuerzo, con más énfasis en el trabajo que esta opción cuesta que en la gracia por la cual esta opción es acogida. Un estilo de respuesta un poco a modo de “Prometeos” de la historia, a regañadientes con Dios.

El segundo estilo de respuesta me parece aún estar coloreado de demasiado drama, un poco como quien aún no vive ese compromiso sin la preocupación angustiada de enredarse en su casuística y con un acento algo exhibicionista en su matiz de sacrificio personal.

En cambio, el tercer estilo de respuesta me parece transido de tierno humor. Lo experimento como una conciencia de que frente a la suerte de los crucificados de este mundo, nuestra respuesta de compromiso perseverante y creativo con ellos, aunque parezca locura, es sencillamente desproporcionada con su sufrimiento real y, por otro lado, no es más que la experiencia de acoger agradecidamente el don gratuito de echar nuestra suerte con la suerte de los pobres y así llevar a plenitud lo mejor del segundo estilo de respuesta, la acogida del don de la libertad frente a pobreza o riqueza, salud o enfermedad, fama o menosprecio en este mundo injustamente desordenado, vida larga o vida corta, que era la radicalidad fundante de Ignacio en los Ejercicios, es decir la del Principio y Fundamento. Esta radicalidad fundante queda así superada, porque el *magis* ignaciano, el “solamente deseando y eligiendo lo que *más* conduzca al fin para que somos creados”, con el que termina el Principio y Fundamento, pierde su carácter de deseo y opción abstractos y adquiere la concreción de una sonrisa de los pobres de esta tierra que lo enamora a uno y al mismo tiempo le hace llevar ese tierno amor con humor humanizante.

Los Criterios para el Discernimiento Apostólico

En la parte séptima de las Constituciones de la Compañía de Jesús, Ignacio de Loyola desarrolla los criterios principales para decantarse por un servicio apostólico u otro. Siento que también este compromiso perseverante y creativo con los pobres integra varios de ellos en plenitud histórica hoy. Dice Ignacio que elijamos un servicio apostólico en la perspectiva de que “el bien, cuanto más universal es más divino”. No hace falta desentrañar mucho este criterio para captar que es difícil encontrar un bien más universal que el dedicar a la Compañía de Jesús absolutamente al compromiso con las mayorías empobrecidas de la humanidad. Es difícil, porque ese compromiso humanizador pasa también necesariamente por la humanización de aquellas estructuras y de aquellos corazones, por culpa de los cuales los pobres se hacen crecientemente más pobres.

Dice también Ignacio que al elegir un servicio apostólico vayamos allá “donde otros no pueden o no quieren ir o no van”. Por desgracia, en fidelidad a la realidad actual apostólica de la Iglesia, no es difícil ver que en nuestra Iglesia -mucho menos aún otras instituciones multinacionales supuestamente dedicadas al desarrollo- los que pertenecemos a ella no nos agolpamos a las puertas de los pobres como las multitudes se agolpan a las puertas de un estadio de fútbol o como la gente compra lotería.

Además, según Ignacio, debemos escoger aquellos servicios apostólicos que sean respuesta a “donde hay más necesidad”. Aquí sí que los comentarios huelgan.

Finalmente dice Ignacio que debemos ir, en nuestro servicio apostólico, allá “donde haya mayor deuda”. Si somos honestos, no será difícil que nos confesemos que es entre los pobres donde hemos contraído una deuda mayor, donde se nos ha dado, al comprometernos con ellos, un mayor don de humanización. Evidentemente que, en todo este aporte, estoy pensando, al hablar de los pobres, no sólo en aquellos a quienes se les roban las condiciones materiales mínimas de la vida sino también en aquellos a los que la misma condición humana ha hecho des-graciados, deshauciados de la vida, sin que “ni ellos ni sus padres” ni las estructuras o los corazones injustos hayan tenido parte en su des-gracia (cfr. Jn 9, 1-3).

No voy a seguir poniendo apartados especiales para considerar otras dimensiones y actividades de nuestra vida a la hora de tratar de ver cómo quedan unificadas en una respuesta de compromiso perseverante y creativo con los empobrecidos. Sólo voy a proceder por pequeños apuntes en los puntos restantes que se me ha ocurrido tocar.

La misión que el Papa actual nos dio en su discurso a la Congregación General 33, de servir a la implementación del Vaticano II encuentra en este compromiso carne real. ¿No es cierto que estamos aún muy lejos de volver realidad la gran intuición de Juan XXIII y del Cardenal Lercaro, de hacer de la Iglesia “Iglesia de los pobres”? Si además, consideramos dentro de esta misión pontificia, ya que aportamos desde América Latina, la tarea de ser creativamente fieles a Medellín, como intento de la Iglesia que está en América Latina de historizar el Vaticano II entre

nosotros, ¿no es cierto que, en el contexto de la última reunión de Santo Domingo, hubo que luchar denodadamente para mantener no sólo la fidelidad verbal, sino el espíritu de fidelidad creativa a Medellín?

Si pensamos en la misión pontificia de enfrentar el ateísmo o la increencia, siento yo que es aquí donde claramente se mira que mantenernos en el compromiso con los pobres unifica “servicio a la fe y lucha por la justicia”, porque es en virtud de la fe como podemos ver a Jesús en “los rostros sufrientes de los pobres”. Aquí cumplimos aquello de la Congregación General 32 de que “la promoción de la justicia, la presentación de nuestra fe y la marcha hacia el encuentro personal con Cristo constituyen... dimensiones constantes de nuestro apostolado” (n.51). No es nada fácil creer que en los pobres está el Señor en quien creemos. No es nada fácil encontrarnos en ellos personalmente con Cristo y amarlos. La prueba mayor de que las corrientes más poderosas de la humanidad, incluso de la humanidad “religiosa”, no creen así y no aman así, es el mismo crecimiento inexorable de la pobreza. El mundo actual mira con indiferencia práctica la muerte de los pobres porque no cree que en ellos es Dios quien muere. El compromiso con los pobres, pues, sintetiza fe y justicia.

La universalidad de la Compañía de Jesús y, por lo tanto, el alcance universal de nuestra misión (“discurrir por todas partes del mundo -diría Ignacio de Loyola en las Constituciones- donde se espere mayor gloria de Dios y servicio de los próximos”) quedan también unificados si mantenemos el compromiso con las mayorías empobrecidas de la humanidad. Por todas partes del mundo las encontraremos y a su servicio deberíamos dedicar el esfuerzo apostólico concertado transnacionalmente de nuestras personas e instituciones mejor dotadas.

Fijándonos especialmente en la juventud jesuítica en formación, pienso que el compromiso de la Compañía de Jesús con los estudios serios (en filosofía, teología y en cualquier campo del saber humano) es una exigencia insoslayable del mejor servicio que podamos hacer a los ingentes y extremadamente difíciles problemas de la humanización de las mayorías empobrecidas de la humanidad. Y creo que nuestros jóvenes, al menos en esta provincia jesuítica centroamericana, así dan sentido a sus largos años de estudios. Comparándolos con generaciones anteriores de jesuitas, que trabajamos menos *con* los pobres y más *para* los pobres -cultivando nuestro servicio estructural a su humanización-, el énfasis que no pocos de nuestros jóvenes están poniendo en complementar ese servicio estructural con una vida de inserción entre los pobres tiene sus raíces en el deseo de “llegar” en el mantenimiento del compromiso con los pobres “a donde sus mayores fueron y más allá en el Señor Nuestro” -expresión ignaciana del desafío perenne de emulación a que cada nueva generación de jesuitas debe responder para que, en cada generación, la Compañía sea, por así decirlo, nuevamente fundada-. Todavía en términos de la comparación del párrafo anterior, las generaciones jesuíticas formadas en los 50 y 60 pasamos por un período de absorción de la secularización occidental que, en nuestra lucha por la justicia, no siempre supo sintetizar también la explicitación de la fe que la exige. Al menos en Centroamérica, no pocos de nuestros jóvenes que

se forman en los 80 y 90 tienden, en cambio, a no concebir una lucha por la justicia sin esta síntesis con la explicitación de la fe que la exige. En eso están más cercanos a la cultura de las mayorías pobres de la humanidad, pues éstas ubican la celebración religiosa de la vida en el centro de su lucha por la misma vida, y esto no sólo en América latina; también y a veces más aún en África y Asia.

Finalmente, la dificultad para vivir con integridad e integración humanizantes nuestro carisma religioso, en cuyo centro está la opción del celibato por el Reino -dificultad más fuertemente sentida en la juventud y de ningún modo ausente en la madurez de la edad-, se hace “yugo más suave y carga más ligera” cuando el corazón está enternecido y vive la historia de un amor personal con los pobres de la tierra, un amor con rostros concretos y amistades tangibles. ¿No cobran así nueva fuerza las palabras de la carta de Ignacio de Loyola a los jesuitas del Colegio de Padua -“la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey Eternal”-?

Antes de pasar a una breve tercera parte, quiero terminar esta segunda parte abriendo un capítulo especial para el último tema que se me ocurre tratar en ella.

Clave para la respuesta apostólica a la crisis actual

Escuchamos hoy por todas partes que han perdido valor las ideologías y se han derrumbado las utopías. No es verdad. Es una ideologización, un enmascaramiento interesado de la realidad. Algunas ideologías han perdido valor, como por ejemplo el leninismo. Algunas utopías se han derrumbado, entre ellas la promesa de humanización ofrecida por el socialismo realmente existente en Europa Oriental y en la ex-Unión Soviética y -entre nosotros- la esperanza enmarcada en la revolución sandinista de Nicaragua. Pero ciertamente no han perdido vigencia las ideologías que aplastan a los pobres, la ideología de la superioridad occidental (el eurocentrismo) -de nuevo floreciente de racismo, discriminación y limpieza étnica- y la ideología de la riqueza monopolizada; después de haberse encarnado en el neoliberalismo y el neoconservadurismo, se revestirán, sin duda, mañana de otros rostros, como el versátil Proteo del mito. Ya están haciendo esta reconversión mítica cuando exaltan la importancia del “capital humano”, pero con un enfoque a dos ritmos (un *two tracks approach*), como quien dice: alta tecnología para las elites universitarias del Sur y alfabetización y educación primaria con salud elemental para las mayorías. Tampoco se han derrumbado las utopías en las que echan raíces soñadoras estas ideologías: las utopías del capitalismo libertario y de la civilización occidental, proclamadas como horizonte de todo el planeta.

Desde el compromiso perseverante y creativo con los pobres, podemos y debemos seguir denunciando esas ideologías y utopías. Y sobre todo podemos y debemos recrear ideologías y utopías de los pobres. Ignacio Ellacuría, uno de los mártires universitarios de nuestra provincia jesuítica de Centroamérica, lo hizo así con terquedad asombrosa, al final del también asombroso verano europeo de 1989, dos semanas antes de la caída del muro de Berlín y 10 días antes de su asesinato martirial. Con audacia sorprendente proclamó, al recibir en Barcelona el Premio

Comín de la Paz otorgado a la UCA de San Salvador, que el propósito de esta universidad dirigida por jesuitas sería en adelante contribuir a “subvertir la dirección actual de la historia”, que “no es universalizable”, y contribuir “desde una parcialidad universitaria por los pobres” a transitar desde “la civilización de la abundancia monopolizada, excluyente e indiferente, a la civilización de la austeridad compartida” y desde “la civilización del capital a la civilización del trabajo”.

Para sustentar estas utopías con los pobres, es preciso recuperar mediaciones ideológicas. Es preciso criticar humildemente nuestro pasado énfasis en lo estructural sin suficiente síntesis con un énfasis en lo personal subjetivo (el mundo del deseo, del símbolo, de la celebración, del amor y la amistad interpersonales, horizonte final, al fin y al cabo, de cualquier cambio estructural). Es preciso también criticar nuestro énfasis en las posibilidades de cambio a través de lo político (el estado, los partidos, etc.) y nuestra falta de énfasis en la organización humana alrededor de los cimientos materiales de la vida de los pobres, en “el maíz nuestro de cada día”, en lo económico. Debemos criticar nuestro énfasis en sólo una de las identidades culturales, la de clase social, mientras no le dábamos igual énfasis a las demás, las de religión, etnia, género, generación, etc. Finalmente debemos criticar nuestro énfasis en la historia sin equilibrio en un énfasis igualmente importante en la naturaleza (ecología), la materia prima de la que hacemos la historia y nuestro habitat materno.

Importante, sobre todo, es que desde el compromiso duradero y creativo con los pobres, hemos de afirmar que la historia no ha terminado. Tenemos que seguir buscando caminos en ella. Por eso acentué, al hablar de este compromiso con los pobres, su nota constitutiva de creatividad.

Al llegar al final de esta segunda parte, se me ocurre incitar a continuar este ejercicio, tratando de ver cómo todas las dimensiones y actividades de nuestro servicio apostólico se unifican bajo el prisma del compromiso perseverante y creativo con los pobres. Si este ejercicio se continúa, acabaremos haciéndolo con cierta distancia, con cierta libertad, la distancia y la libertad que son fruto de la gracia del humor, de la gracia de la sonrisa con que Dios mira estos intentos de síntesis. La vida es más compleja siempre, es *mayor*, porque está inmersa en los misterios insondables de Dios y del ser humano. Por eso, la sonrisa es siempre beneficiosa y lleva a la benevolencia. Pero vale la pena el intento.

3. La respuesta humilde a este reto apostólico fundamental

Para terminar, debo decir que toda la exigencia que de lo anterior brota hay que verla como una gracia que se nos da como a pecadores *perdonados*. Nuestra respuesta debe perfilarse con suma humildad, porque “este tesoro lo llevamos en tinajas de barro” (2Cor 4,7), sin olvidar que esta convicción está dialécticamente expresada por Pablo en un contexto en que se habla de la gloria de Dios que brilla en nosotros. Las razones -“del corazón”- de esta humildad son bastantes. Expresemos algunas.

Muchos hemos sido probados en un sufrimiento profundo, tejido de amigos, jesuitas y laicos, muertos “prematuramente” en este compromiso, mártires y confesores, y de proyectos históricos de los pobres, a los que habíamos apostado y que se han derrumbado. El sufrimiento puede destrozar los entusiasmos. Que los entusiasmos se mantengan, a través del sufrimiento, es una de las más preciosas gracias de Dios: “Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados...; paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo” (2Cor 4, 8-10).

Sabemos muy bien que los pobres no son ángeles ni hombres nuevos siempre, sino víctimas muchas veces deshumanizadas, humanos y, por eso, vulnerables al mismo pecado de insolidaridad que los ha vuelto víctimas a ellos. La época actual los ha hecho más sensibles al atractivo de la abundancia consumista, insolidaria, aunque a la mayoría sólo les haya venido esa abundancia a través de las vitrinas, de los comercios de las calles por donde deambulan y de los medios de comunicación masiva, convirtiendo a no pocos en aspirantes a ser “lobos para otros pobres”.

Somos conscientes, en este ambiente de comisión de formación de la asistencia, que muchos de nosotros, los jesuitas “formados”, no hemos acogido con coherencia el recuerdo que nos hace la Congregación General 33, de que nuestra vida austera es el signo de credibilidad de nuestro servicio a la fe y de nuestra lucha por la justicia y, por supuesto, de nuestro seguimiento de Jesús pobre y humilde. Muchos de nosotros no vivimos ese signo de credibilidad. Y, entre nuestros jóvenes en formación, incluso entre los que vienen de entre los pobres, hay también ya aspiración al consumo y repugnancia a la austeridad.

Pero desde ahí, con realismo, si aceptamos el reto y su respuesta, creo que hay que afirmar que sólo una cosa es apostólicamente necesaria hoy todavía más que hace 25 años: mantener con perseverancia y creatividad el compromiso con los pobres, con los injustamente pobres y con los pobres deshauciados -lo sean injustamente o “sólo” por motivo de la condición humana precaria-. Creo que esta es la traducción de nuestra misión de “fe y justicia”, como servicio estructural y personal a la humanización de las mayorías de la humanidad, como humilde aporte a que “no perezca la esperanza de los pobres” (Sal 9,19). Que *no perezca la esperanza de los pobres* es el deseo apostólico que guió a muchos de nuestra generación cuando nos estábamos formando en los primeros años de nuestra vida en la Compañía. Desde ahí creo que podemos seguir renovando nuestra respuesta apostólica.

En este espíritu podemos releer un número, no citado con mucha frecuencia, del decreto cuarto de la Congregación General 32. Creo que hoy, cuando el horizonte de la esperanza de los pobres nos parece a nosotros más alejado, tiene más actualidad que hace 20 años. Porque nos enfatiza la “paciencia que necesitamos para aguardar”, no viendo como no vemos “la esperanza” de la humanización de los pobres y, en ella, de toda la humanidad (Rom 8, 24-25). Helo aquí:

Caminando paciente y humildemente con los pobres aprenderemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos. Sin este paciente hacer camino con ellos, la acción por los pobres y los oprimidos estaría en contradicción con nuestras intenciones y les impediría hacerse escuchar en sus aspiraciones y darse ellos a sí mismos los instrumentos para tomar efectivamente a su cargo su destino personal y colectivo. Mediante un servicio humilde tendremos la oportunidad de llevarles a descubrir, en el corazón de sus dificultades y de sus luchas, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu. Podremos así hablarles de Dios Nuestro Padre, que se reconcilia la Humanidad, estableciéndola en la comunión de una fraternidad verdadera (n. 50).